

## JUEVES SANTO

Homilía del P. Josep M. Soler, Abad de Montserrat  
20 de marzo de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia se reúne esta noche entorno a la Eucaristía. Lo hace para recordar la última cena de Jesús en la cual nos dejó el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre como memorial de su donación en la cruz. De esta manera nos mostraba su amor sin límites en un gesto que tiene continuidad a lo largo de la historia. Por eso la Iglesia agradece hoy de una manera particular este don. Lo hace de dos maneras complementarias. Por una parte nos reunimos para celebrar la Eucaristía como acción de gracias por la salvación que nos es ofrecida y como comida que alimenta nuestra existencia espiritual y anticipa el banquete futuro del Reino de Dios. Y por la otra, en continuidad con esta celebración, nos reunimos después entorno a la Reserva eucarística; reconocemos en el pan y el vino sobre los cuales se ha invocado el Espíritu y se han pronunciado las palabras de Jesús en la última cena, la presencia del Señor. Y, con la certeza que nos viene no de nuestros sentidos sino de su palabra de verdad, adoramos ésta presencia de la divinidad escondida bajo los signos sacramentales.

En la celebración de este misterio de nuestra fe, nos damos cuenta del vínculo fundamental que hay entre la Eucaristía y la Iglesia. La víspera de su pasión, Jesús reúne a los doce y les hace el don de su cuerpo y de su sangre como anticipación de la entrega que hará en la cruz. Y así como la alianza del Sinaí con el pueblo de Israel fue sellada con un sacrificio y la aspersión de sangre, el nuevo pueblo de Dios representado por los apóstoles se funda entorno a la sangre de Jesús derramada y compartida. Efectivamente, desde que los apóstoles acogieron la invitación de Jesús: "tomad, comed ...; bebed todos" como memorial de su pasión, el Pueblo de la nueva alianza se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios hecho hombre y sacrificado como un cordero por nosotros (cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 20-23).

En la mesa eucarística, tiene lugar un doble movimiento. Nosotros recibimos a Cristo. Sin embargo, también él nos recibe a cada uno de nosotros y estrecha su amistad. Así, Cristo y el discípulo que somos nosotros "están" el uno en el otro, haciendo realidad aquella palabra: *permaneced en mí, y yo en vosotros* (Jn 15, 4). De esta manera, si nos dejamos llevar por la dinámica de la gracia que nos otorga la Eucaristía, podemos dar fruto de vida evangélica, tal como él mismo dijo en la última cena: *el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante* (Jn 15, 5). Entre los frutos que da el estar con Jesús por medio de la celebración de la Eucaristía y de entrar en comunión sacramental con él, está el de la unidad. Por eso el Jueves Santo es un día en el cual somos invitados a potenciar nuestro amor fraterno. Es que con la comunión eucarística, la Iglesia se consolida en su unidad de cuerpo de Cristo; un cuerpo formado por muchos miembros. Es grande la dimensión de este sacramento. Cada uno de nosotros recibe el Cuerpo de Cristo y se transforma en él. Pero no somos muchos cuerpos sino un solo cuerpo; porque la comunión eucarística nos une los unos con los otros y todos juntos con Cristo. Por eso, la plegaria litúrgica, además de invocar al Espíritu santo sobre el pan y el vino, lo invoca también sobre los fieles a fin de que formemos un solo cuerpo cada vez mejor unido (cf. *ibídem*, 23).

La Eucaristía crea comunión e invita a vivir la comunión en el interior de la Iglesia. Sin embargo, también, con la misma exigencia nos pide trabajar para amar a todo el mundo independientemente de la sus creencias. Por eso celebrar la Eucaristía es, también, comprometerse a hacer una sociedad más justa en la distribución de la riqueza y ayudar a personas y pueblos a salir de la marginación y a llevar una vida digna. Os proponemos, en esta noche del Jueves Santo, una manera concreta de

hacer realidad esta ayuda. Al final de la celebración podréis participar en una colecta a favor de las obras asistenciales que las HH. Dominicas de la Presentación llevan a cabo en Irak en sus orfanatos, hospitales y casas de acogida en Bagdad, Basora y en el Kurdistán en los cuales se atiende a todo el mundo sin distinción de pertenencias religiosas. Además, en Jordania tienen un centro para atender a los exiliados iraquíes que se marchan de su país. La ayuda se coordina desde su casa provincial de Barcelona.

El Pueblo de la nueva Alianza, nutrido con el sacramento de la eucaristía, se convierte en sacramento para la humanidad. Recibe la luz y la fuerza para ser signo e instrumento de la Buena Noticia ofrecida por Jesucristo con vistas a la liberación y la salvación integrales de la persona humana. Como él, la Iglesia tiene que ser servidora de la humanidad. En el evangelio de hoy Jesús ha expresado su misión de sirviente con el lavatorio de pies, manifestando de esta manera el sentido profundo de la institución de la Eucaristía. Y así como él, "maestro de comunión y de servicio" (cf. *ibídem*, 20), lavó los pies a todos los discípulos, también a Judas, la Iglesia tiene que servir a la humanidad entera, perdonando en nombre de Jesús, curando las heridas y sosteniendo las fragilidades de las personas, aportando esperanza y aliento; sin hacer distinciones, porque todo el mundo en su fondo más íntimo, y quizás a veces muy desenfocadamente, busca a Dios, hasta los que reniegan de él. En nuestro contexto social -cuando vemos cómo se hacen tantas caricaturas de lo que es la Iglesia, y también en nuestro contexto eclesial cuando constatamos que incluso muchos de sus miembros flaquean en su vivencia y comunión eclesiales debido a las críticas que reciben o al desencanto que les causan ciertas tomas de posición- nos conviene centrarnos en el núcleo fundamental. Nos conviene volver a poner en el centro aquello de más íntimo que tiene la Iglesia y por lo cual tiene que ser amada: ofrecemos una relación íntima con Jesucristo que transforma nuestra vida y suscita en nuestro interior la filiación divina, estrechar los vínculos de comunión entre todos los que creemos en él, hacerse servidora de la humanidad.

Ahora, en la Eucaristía, Jesús nos sirve y nos purifica para que podamos comer en su mesa, para que podamos participar de la comida que anticipa el banquete del Reino. Agradecemoslo muy de corazón y, acabada la celebración, continuemos el coloquio con él ante los Santos Dones eucarísticos, adorando su presencia en medio nuestro, dando gracias por sus beneficios, intercediendo a favor de toda la humanidad. Para hacerlo de una manera coherente, sin embargo, tenemos que acompañarlo con nuestro servicio abnegado a los otros. Así seremos sacramento del Reino, testigos del amor sin límites manifestado en Jesucristo.